

## PUBLICACIONES DELS NOSTRES PROFESSORS

Isidro GOMÁ CIVIT, *El Evangelio según San Mateo* (Comentario al Nuevo Testamento III; Colectánea San Paciano XXII): vol. I (Mt 1-13) XXXII + 774 pp.; vol. II (Mt 14-28) XXIII + 784 pp., Madrid (Marova) 1976.

«El Evangelio según San Mateo» de I. Gomá es la plasmación exhaustiva de un magisterio, de un ideal académico y de una concepción de la teología como enriquecimiento sustancial — en tanto que vuelta a las fuentes — de la vida de la comunidad cristiana.

El punto de partida de la Obra no es la pregunta por Jesús (con su carga de desconfianza en la continuidad del Maestro en la historia), sino la idea de que Jesús es la respuesta a la pregunta por el cristianismo. Adolf von Harnack, autor del monumental «Manual de Historia de los Dogmas» («Handbuch der Dogmengeschichte»), tiene una obra certera sobre la «Esencia del Cristianismo» («Das Wesen des Christentums»). A la pregunta: ¿dónde encontramos la esencia del Cristianismo?, viene a responder: en Jesús. A la pregunta: ¿dónde encontramos la esencia de Jesús?, responde: en el Sermón de la Montaña. Con la idea de que el Evangelio de Mateo es una especie de ampliación del Sermón de la Montaña y en el Sermón de la Montaña encontramos a Jesús y a la Iglesia, podemos comprender también perfectamente el comentario de Gomá al Evangelio de Mateo.

Con ello nos hemos colocado en la línea hermenéutica de quien cree que los grandes efectos son debidos a grandes causas, distanciándonos por tanto de quien ve la marcha de la historia (en nuestro caso: el nacimiento del Cristianismo) como el producto heterogéneo de un juego de continuas contradicciones.

A pesar de ello, podemos afirmar que *toda* la ciencia bíblica se encuentra presente en el Comentario de Gomá. Precisamente porque el biblista no se contenta nunca con darnos una teoría general, sino que, sean cuales sean sus tendencias, afina al máximo los recursos con que la filología, la crítica literaria y la crítica histórica logran hacernos penetrar en el interior de un texto antiguo.

Las listas de Bibliografía, inmejorablemente presentadas en el segundo volumen, son sólo un indicio (quien las compulse nos dará la razón) de que el autor ha estudiado con profundidad todos los datos y ha discernido con madurez las opiniones que pudieran iluminar su Comentario. Un hipotético índice de fuentes y textos bíblicos citados nos demostraría, a su vez, que ningún paralelismo históricamente probable ha sido desestimado.

La exégesis, conocida como mayoritaria, del Evangelio de Mateo se encuentra enormemente polarizada en el estudio de la relación entre las «fuentes» (especialmente, Marcos y la fuente Q) y la redacción mateana. Ello encierra el peligro de explicar lo más claro (el sentido que pudieron captar los primeros destinatarios) por lo menos claro (la historia de la composición del texto). Gomá siente necesidad de encontrar caminos para resolver todos los problemas planteados a la exégesis de detalle, sin necesidad de apoyarse en una u otra de las soluciones dadas al problema sinóptico.

El procedimiento se demuestra especialmente fecundo en orden a mostrarnos los múltiples lazos de mutua exigencia, existentes entre los elementos propios de Mateo y los atribuidos a una u otra de sus fuentes. Sin embargo, las diferencias entre sinópticos son siempre tenidas en cuenta, sobre todo como elementos capaces de iluminar el sentido pretendido por Mateo. Esas diferencias nos muestran la libertad del evangelista ante la letra de la tradición anterior, si bien nunca se excluye la posibilidad de que, en muchos momentos, Mateo nos dé la letra y el espíritu de la tradición más primitiva.

Gomá, pues, polariza su comentario en el nivel filológico (qué dice el texto) y lo des-polariza del nivel de crítica literaria (cómo se ha compuesto). Pero hay otro aspecto de la crítica bíblica que, aun sin tomar nunca la apariencia de tesis, se hace presente en el estudio de cada uno de los versículos: la búsqueda del contexto histórico (o «Sitz im Leben») en el que cada texto encuentra su pleno sentido.

Para la ciencia, ese contexto histórico es doble: la realidad «mentada» por el texto (la vida de Jesús) y el auditorio «interpelado» por él (la comunidad cristiana a la que Mateo se dirigía). Como

prolongación de ese auditorio «interpelado» por el Evangelio, la lee el texto como Palabra que interpela a los cristianos del presente. El autor intenta hacer justicia a esos tres «*Sitze im Leben*» del texto, distinguiendo con suficiente claridad lo que atribuye a cada uno de ellos.

La pregunta por las «*ipsissima verba*» e «*ipsissima facta*» de Jesús es planteada con enorme modestia, pero es planteada siempre. Por lo menos, se recogen los datos objetivos en los que debe basarse toda aproximación científica a la cuestión de si Jesús pudo o no pudo pronunciar tales palabras y realizar tales obras. Los datos de la geografía y de la arqueología son también servidores dignos, y no «cenicientas», del estudio evangélico.

La cuestión de la comunidad receptora del Evangelio es para Gomá todo lo contrario de una cuestión incómoda: es la clave de la mayor parte de sus interpretaciones. Quien no esté acostumbrado a leer el Evangelio en esa tesitura, encontrará en cada página del Comentario una demostración de la inagotable fecundidad de ese principio hermenéutico. También aquí el autor se auto-impone toda la modestia que es del caso, pero no dudáramos en decir que es uno de los puntos en los que se le siente pisar más firme.

El tema de la proyección al presente del texto evangélico tiene multitud de facetas. Una de ellas es el valor espiritual (o de existencia cristiana) de los resultados de la exégesis. Otra, es el uso de los textos como «*locus theologicus*» en una visión sistemática del pensamiento cristiano. Ambos puntos han sido de interés primario en la elaboración de la obra que nos ocupa. Podemos decir sin ambages que las conclusiones a que llega el autor tienen un inconfundible punto de referencia: la tradición teológica de la Iglesia católica romana. Pero nunca se trata de simple incorporación a la exégesis de una tradición teológica concreta, sino de un trabajo exegético perfectamente contradistinguido de la aportación propia de la teología posterior. Muchas veces se llega a conclusiones «esperadas» (para quien profundice un poco, no lo son siempre o no lo son tanto como a primera vista parece) por caminos totalmente inesperados, sobre todo para quien tenga una formación eminentemente escolástica. Y también ahí, aun cuando el dogma católico anda en juego, la distinción entre lo exegéticamente cierto y lo sólo probable o posible es mantenida con soberana serenidad.

En cuanto a su forma expositiva, especialmente afinada en el segundo volumen, podemos decir que el comentario sigue el método

de la «paráfrasis», por el que se aquilata la aportación de cada palabra del texto, y de la división del texto en «unidades significativas», que se analizan en sí mismas y en relación con la totalidad del Evangelio. En el lugar estratégicamente más conveniente, se van estudiando también los distintos «temas» o «conceptos» (palabras-clave), ilustradores de la teología de Mateo.

En el segundo volumen, las notas tienen una especial amplitud. Responden exclusivamente al deseo de reducir en un tercio el espacio dedicado a los quince últimos capítulos del Evangelio. Son exposición apretada de temas, nunca secundarios, que quien haya seguido el Comentario desde el principio podrá desarrollar por sí mismo.

Como insinuábamos ya, la referencia a textos bíblicos iluminadores es explícita y, dentro de lo que cabe, exhaustiva. Muy bien seleccionada, y también explícita, la referencia a autores judíos y paganos, contemporáneos del Evangelio, y a los Comentarios eclesiásticos más antiguos. En cambio, la discusión con autores contemporáneos (citados en la Bibliografía, sección por sección y casi versículo por versículo) es mantenida «en estilo conscientemente alusivo, de manera que baste a quien esté iniciado en el problema y no moleste a cuantos consulten el libro con la única o principal intención de encauzar su contenido por el ministerio de la Palabra».

No es difícil descubrir que muchas páginas del Comentario son fruto de una segunda o tercera redacción. De todos modos, el ideal literario del autor no es el de adornar el contenido del Evangelio, sino el de expresarlo. No se rehuyen los adjetivos ni las palabras poco usuales, si se consideran más exactas que las corrientes, pero tampoco se es insistente en ningún tema, y se sugieren muchas más cosas de las que se dicen.

Tanto los obsesionados por la modernidad (de estilo o de pensamiento) como los obsesionados por la tradición se sentirán más de una vez desconcertados por ese «armonizador de contrastes ante una confluencia de tensiones», que «sabe integrar en perspectiva superior posiciones e incluso ideas a primera vista inconciliables» (Gomá, se supone, dice todo eso de Mateo). Pero unos y otros encontrarán desde el principio en el Comentario alguna faceta de su propio modo de leer a Mateo y llegarán, por medio de un estudio sereno, a aquella sintonía de espíritu que el libro «pide y ofrece a quien lo toma en sus manos».

Jorge Sánchez Bosch